

CARLOS ROA

LOS HOMBRES ROTOS

EDICIONES



FILACTERIA

Colección Poesía
Viento del Este

EDICIONES



FILACTERIA

© Carlos Roa

© Los Hombres Rotos

Primera edición de 300 ejemplares: junio 2023

Editor de colección: Rodrigo Peralta

Diseño y diagramación: Ediciones Filacteria

Diseño de portada: Ediciones Filacteria

Imagen de portada: Francisco Guerrero, artista visual / arquitecto

ISBN: 978-956-9896-56-9

R.P.I: 2023-A-2290

E-mail: contacto@edicionesfilacteria.cl

Web: www.edicionesfilacteria.cl

[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/EdicionesFilacteria)

www.instagram.com/edicionesfilacteria

Contacto del autor: roa.hewstone@gmail.com

Ediciones Filacteria SpA / Santiago / Talca / Chile

A María

Eso son todas las cosas en el tiempo,
eso es todo,
eso es el universo:
un eterno girar contradictorio
a un punto fijo.

Huidobro

HACIA EL AZUL

Sin importar dónde
pudiéramos terminar, cansados del suelo,
a través del horizonte y la niebla,
emprendimos vuelo hacia el azul
y las cosas de afuera.

La lluvia caía a la ciudad desde la altura,
países desconocidos, columnas de frío,
se deshacían en tormentas, en océanos de luz, en planetas.

Volamos tan alto que se nos congelaron las plumas
y bajo nosotros, el cielo perfecto y diáfano
se convirtió en pliegues,
en pliegues de pliegues, abiertos y parlantes,
diciendo a la vida
que actúe por sí misma,
que todo se acabe y se renueve pues
no somos estas alas que se alejan del envejecimiento,
ninguna distancia el avance estorba,
nada
en sus palmas nos erige, o entre los pies y el suelo
se interpone.

CUANDO HAYAMOS PARTIDO

Cuando hayamos partido
este amor tendrá la forma de las palabras, será de los olvidados
abrazados al mundo para no caer.

Cuando hayamos partido no contaremos las horas
ni las estaciones, no habrá nada que pruebe si somos los de antes,
desaparecerán las playas grises,
desaparecerán los que siembran la misma semilla
y esperan que nazca la misma planta, con las mismas hojas
y la misma flor. Sobreviviremos,
porque fuimos llamados los sobrevivientes, rotos nos amaremos
y en la partida al fin cerraremos los ojos.

Y cuando al fin cerremos los ojos,
ya habrá sido nunca, y ya habrá sido siempre,
estaremos juntos,
y unidos en el más eterno de los besos tú serás tuya,
enteramente tuya,
yo mío, enteramente mío,
y será todo: hacia el olvido iremos descalzos,
fundidos el uno en el otro,
el mar jamás nos habrá tocado,
pero cuánto tiempo o cuán profundo
estaremos sumergidos
será también secreto
de este insondable amor.

LÁZAROS

Con la mejilla quemada pegada al piso,
esperando que la vida se les vaya,
por fuera y por sobre la frontera entre dos mundos,
tragados por el abismo, restituidos y vueltos a tragar
por ese mismo abismo, van los Lázaros a través del llano talado.

Si olvidaste que esta luz sólo alumbra a los hambrientos
o que estos santos bendicen sólo a los niños, míralos entonces
desde el Sur que te trajo hasta acá,
dando alaridos en la impalpable latitud,
ve sus fríos huesos trizados, y si al pasar por su lado
se encienden y palpitan,
si en los raros veranos maldicen al insomnio,
del agua inquieta donde no sanan,
como se levanta a un hombre enfermo
del reino de los enfermos, tómalos en tus brazos.

Levántalos cuando en la savia de un susurro en el aire
se disuelvan las rocas en los ríos hondos,
cuando jadeantes lloren los desheredados
con la mirada perdida en la nada
y tanto hayan llorado por ti
o contra ti, levántalos. A pesar del cansancio,
de la inminencia y la indecisión,
como se levantan los muertos
de la continuidad de las cosas, de la oscuridad,
desde sí mismos, de la inquieta agua donde no sanan,
levántalos.

A VEINTE INVIERNOS

Donde el precipicio se ensancha, si se pone atención,
se puede oír a un hombre naciendo. A veinte inviernos
lo antiguo y lo nuevo se han encontrado
y cercados de suaves brazos
son lo que la vida siempre ha sido: parientes de la estación soleada,
polillas dan ínfimos golpes de alas a las cubiertas del alumbrado,
a lo largo de filas de bancas retumban las campanas
y en el dintel del arrebol, amantes que no llegan a viejos
saben más del diablo que de Dios:
en las manchas del techo ponen los ojos
para que salgan las arañas, tronchados por las jaulas,
han visto llegar alegres vivos muertos invocando
peces moribundos y desnudos luceros, que deshacerse moribundos
los han observado.

A través de un hoyo en el estuco
ven zorzales bajando los párpados a la rada,
como si hubieran memorizado un ondeante curso,
pesados se vuelven pronto, y a veinte inviernos,
prueba de que hay verdad y mentira,
lloran puñados de ripios y miran a su costado derecho
caer acres de anillos
de los nogales florecidos.

Sobre una casa de dos aguas, en la fase de Acuario,
tan larga, tan intemporal, tan deseada,
los demonios ebrios miran hacia abajo,
nos multiplican, nos veneran y nosotros a ellos.

Las sombras de los hijos dejados solos ceden sitio
al abovedado Cuzco en ruinas,
suben y bajan, incoloras e innumerables,
sobre los avisperos caen,
sienten al lago profundizarse, lo ven varias veces,
volverse invulnerable.

A veinte inviernos,
fuimos los primeros en no tener sentimientos,
los primeros en viajar al espacio, los primeros en pensar
“este cuerpo que pongo aquí es mío” y los primeros en decir
lo que decir había, en por nada temblar, los primeros: y hoy
que tenemos tanto frío, que se repite la vida,
que disfrazada de punto cardinal,
triangula barreras de arrecifes con planetas no habitables,
a veinte inviernos,
en medio de lo claro, volviéndose difuso,
en medio de lo visible volviéndose invisible,
de lo audible volviéndose inaudible,
buscamos un final
para este perpetuo comienzo.

ACÁ EN LA TIERRA NADA HA CAMBIADO

Luego de la revuelta ciudadana, acá en la Tierra
nada ha cambiado: el estanque de mazorcas flanqueado,
donde arrojábamos guijarros, está donde lo dejamos: lo hundido,
el nopal y los anfibios, forman la misma ensenada,
pecadores y no bautizados,
los eternos pensamientos de los niños, en lo alto de las llamas
tienen su terreno.

Al final de este lado de la mecha,
en el lado más golpeado de la luna,
nada ha cambiado: no han cambiado los terceros meses del año,
los que mueren de la muerte no regresan,
los búhos cazan ratones y escupen pelos,
las gaviotas agitan las alas, dicen adiós y se zambullen
en busca de sanguijuelas.

El nevado mundo de los espíritus
no ha cambiado: los actos de los no bautizados
curan nuestras dolencias de no bautizados,
sin orillas ni barandas,
hay hileras de mulas y rondas de zarzas adheridas a la retama
y cuando la jornada acaba,
convertido en púrpura bruma y pan de oro,
el sol sigue
estacionado en el polo.

DONDE TE ESPERO

Amor, en el mundo tal como yo lo imagino,
me arrojé de la azotea del cielo, ¿y qué fue lo que vi?
Todas las cosas que solía ser y que odio de mí.
Caí al mar, ¿y qué fue lo que vi?
Que en nombre tuyo fluyen los ríos y yacen los lagos,
que tú le dijiste al agua hierve y al cielo núblate,
que me ordenaste ir al lugar donde te espero
que es el mismo lugar
donde no llegaste.

En el mundo tal como yo lo imagino,
voy como un mensaje dentro de una botella
lanzada al mar tormentoso: veo cómo me alejo de la costa,
soy la mano que la lanza, soy alguien que la mira alejarse,
y soy un hombre tumbado en la playa.
Otros también me han visto alejarme,
pero ningún ave trae una rama
que indique si hay para mí
una costa nueva.

En el mundo tal como yo lo imagino,
toqué el suelo submarino, ¿y qué fue lo que vi?
Que la sogá de mi vida se sienta en el mar
y en el mar se ve, que estará hecha de algas o no estará,
que caí desde un vaciado universo enano,
trazando con la mirada el estrecho plano del horizonte,
que esta era, y con ella las demás,
duermen.